



Cuba: la hora del recuento

La próxima visita de Juan Pablo II a la Perla del Caribe marcará un hito en la historia reciente de la Cuba de Castro, que hace guiños hacia la Iglesia católica de su niñez en el Colegio de Belén. ¿Supondrá también un quiebro en la dimensión política de la isla caribeña, un antes y un después del paso del Papa viajero? El tiempo lo dirá. Por su parte, la autora de este artículo enjuicia los cuatro decenios de la dictadura castrista, hasta finales de 1997.

Silvia Caunedo*

«**E**L mundo está revuelto», se dice continuamente. Todo cambia a una velocidad vertiginosa, se escinden los países, se expanden nuevas guerras, desaparece el Este para convertirse en Oeste, el Norte cierra sus puertas y el Sur quiere romperlas. La vieja frontera de los puntos cardinales se hace pedazos, la antigua maquinaria que regía el mundo está en desuso y con ella caen los símbolos con los que durante años nos explicamos la vida.

* Licenciada en Historia. Periodista. Madrid.

Hoy, el último de los símbolos vigentes está agonizando. Nació el 1 de enero de 1959, cuando unos míticos guerrilleros de largas cabelleras y barbas, bajo el mando de Fidel Castro y el Che Guevara bajaron de la Sierra Maestra para ocupar la no menos mítica Habana e instaurar en el gobierno de Cuba una revolución que acaba de cumplir cuarenta años.

¿Quién en aquellos momentos no creyó en ese tiempo de esperanza? La revolución llegaba para liberar la isla de la corrupción, acabar con la prostitución, la discriminación y sacar al país del subdesarrollo. Cuatro décadas después, ¿qué queda de aquel sueño? La Perla de las Antillas es una imagen congelada en el tiempo; la en otro tiempo floreciente ciudad de La Habana es un montón de escombros, con edificios que amenazan caerse o ya desplomados, comercios cerrados, calles oscuras y solitarias, ausentes de coches y transeúntes.

El bullicio se ha trasladado al largo muro del malecón habanero, donde una enorme hilera de jóvenes esperan pacientes una invitación para brindar sexo a cambio de una cena o una muda de ropa. Allí está el límite de las dos Cubas, la de los turistas, ostentosa y divertida, y la del pueblo llano, sumido en la desesperanza, luchando por terminar un día más.

En la calle se impone el dólar, quienes lo consiguen entran en otra categoría de oportunidades, quien no, seguirá como hasta ahora, buscando la salvación de manos de un pariente en el extranjero o un fortuito matrimonio.

Decir que la revolución sigue viva es un eufemismo, pero así y todo, fuera de las fronteras cubanas muchos no se permiten admitir el fracaso de un proyecto humano como el que se propuso en sus inicios. Con su habitual egoísmo, la opinión pública internacional se divide. La derecha sólo quiere la estruendosa caída, para así destruir el último de los símbolos vigentes del comunismo y la guerra fría. La izquierda enarbola la idea de «resistir», para que no se le muera su símbolo, aunque a nivel cotidiano de bienestar, en las sociedades occidentales, estas barreras de izquierda y derecha se borren paulatinamente.

Es un poco como los viejos enamorados de la luna y su simbología, que cuando el 20 de julio de 1969 llegaron las cámaras de televisión al satélite de la tierra y nos mostraron una superficie desértica y llena de cráteres, siguieron aferrados a su plateado embrujo, sin creer la realidad. Es como aquello de «ojos que no ven, corazón que no siente», o tal vez es aquel poema de Antonio Machado el que mejor pone el dedo en la llaga: «Se miente más por falta de fantasía; también la verdad se inventa».

Mientras, ajena a estas tribulaciones y al hecho de significar un símbo-

lo, la inmensa mayoría de la población cubana no puede hacer otra cosa que sobrevivir o, cuando pueden, escapar del caos, en unas embarcaciones tan endebles como la propia estabilidad de la isla.

La leyenda

CUARENTA años es tiempo suficiente para hacer balance de los resultados de un proceso revolucionario de la magnitud del cubano y comparar los objetivos que promovieron una gesta nacional como ésta, con sus aciertos y limitaciones, sus promesas, fracasos y engaños, un sano ejercicio que nunca se ha planteado la dirigencia del país. En sus orígenes, el apoyo incondicional a la revolución estuvo basado en dos premisas fundamentales: la exacerbación del nacionalismo frente a la presencia norteamericana en la isla y el ideal de igualitarismo con el que se encauzó la movilización de las masas. Estas premisas estaban íntimamente relacionadas con toda una mitología revolucionaria, elaborada previamente por su líder, Fidel Castro, en el alegato de *La historia me absolverá*, que le permitió durante mucho tiempo justificar y legitimar su largo mandato dentro y fuera de la isla.

Son tres los mitos más recurrentes en todo este período:

1. *La revolución necesaria*

LA revolución se autodenominó seguidora del ideario de las guerras de independencia, cuyo objetivo se frustró con la intervención de Estados Unidos. A partir de aquí se reconstruye toda la historia de Cuba en función de subrayar los acontecimientos del 1 de enero de 1959 como el único hecho importante de la isla en este siglo. El tiempo anterior, con sus altas y bajas, sus períodos de democracia y dictaduras, pero también con la constitución (la del año 1940) más avanzada de la región (más que la actual) fue convertido en un tiempo oscuro, al que se denominó neo-república o república mediatizada. La Revolución, con mayúscula, venía a sacar a Cuba de ese ostracismo y a vengar la sangre de los libertadores de las guerras contra España. Cuba iba a ser por primera vez libre y soberana (el «primer territorio libre de América»), próspera, se alfabetizaría a todo el país, se promulgaría la reforma agraria para dar a los campesinos lo que les pertenecía y acabar con el latifundio; no más caña, que era sinónimo de sub-

desarrollo, se acabaría con el monocultivo y el monomercado, dependiente de los Estados Unidos. La corrupción, la prostitución, el desempleo y la desigualdad estaban, desde ese momento, condenados a ser lacras del pasado.

2. *La figura del líder*

EN Fidel Castro convergen la necesidad del pueblo cubano por un líder alejado de la politiquería de la época y un caudillo con absoluta voluntad de poder y talento para lograrlo.

Aunque el movimiento revolucionario fue obra de otras muchas organizaciones y líderes, descontentos con lo que pasaba en la isla, a las pocas semanas del triunfo ya no había ni Federación Estudiantil Universitaria, ni Movimiento 26 de julio, ni Ejército Rebelde, y el partido Comunista desaparecería, con sus máximos dirigentes presos, acusados de sectarismo, y Fidel Castro «elegido» como Secretario General de un partido en el que nunca militó.

A partir de aquí Castro dio rienda suelta a un poder demoleedor y absoluto: «La revolución soy yo», llegó a decir en una ocasión. Y fue. Desde entonces, Fidel Castro es la única persona con plenos derechos políticos en Cuba; es el único que puede criticar a la revolución, ser revisionista o heterodoxo y hacer negocios con empresas extranjeras sin recibir menoscabo en sus derechos ciudadanos. Fidel Castro se ha arrogado el derecho de ser el revolucionario, la personificación de la izquierda por excelencia, y quien lo critique es automáticamente tachado de reaccionario y proyanqui.

Sabe aprovechar como nadie la leyenda que él mismo fomenta. Es el padre bueno y benevolente de los cubanos. Nunca se equivoca. «Fidel» está por encima de las equivocaciones de la revolución.

Se critica a la revolución en abstracto pero nunca al líder. Su política absolutista no deja fisuras, la «patria» es implacable, aquellos que tienen la más mínima reserva con respecto al sistema o a su mandato no tienen otra opción que el silencio, la cárcel, el exilio o simular que lo apoyan. Su mayor éxito es lograr la devoción a su persona, la clave de su supervivencia. Y las masas respondieron, el líder les pedía obediencia para salvarlas del imperalismo. Así, el proceso cubano se convirtió en la dictadura de una simple ecuación: revolución = Fidel; todo está edificado alrededor de su figura y nada es salvable, todo es perecedero.

El gobierno en Cuba está fragmentado en cuatro cuerpos, el Consejo de

Estado, el Consejo de Ministros, el Partido Comunista y la Asamblea del Poder Popular. Sin embargo, su función es meramente administrativa, se encarga de ejecutar la política creada en otro lugar, por el propio Castro y su reducido círculo de confianza. Además, el poder de Castro no se estructura en instituciones sino a través de personas en ese momento leales.

En el ámbito internacional y, fundamentalmente, latinoamericano, la situación en 1959 era muy propicia para un apoyo de tal magnitud por el sentimiento generalizado de desilusión ante la política estadounidense en el continente. Cualquier figura que se opusiera a los Estados Unidos sería aplaudida sin mayores referencias.

La nueva izquierda de jóvenes idealistas, desencantados del comunismo oficial, aplaudió a una guerrilla que rompió esquemas y bajó de la sierra con un halo heroico. Igualmente, los intelectuales europeos, desilusionados con los crímenes de Stalin y la invasión soviética a Hungría en 1956, no dudaron en escribir vítores a la joven revolución y visitar la isla. Aunque la situación que vieron no les gustó, salvo honrosas excepciones, se cuidaron mucho de cambiar de bando, porque escribir contra un movimiento de izquierda no era algo que se llevara en esos años.

3. El embargo estadounidense

LA resonancia del proceso revolucionario cubano y el relieve desmedido de la figura de Fidel Castro no se pueden pensar sin la hostilidad de los Estados Unidos. En circunstancias normales, Castro sería un simple caudillo, con el único mérito de haber permanecido mayor tiempo en el poder de todos los dictadores latinoamericanos.

Ante la acostumbrada ceguera estadounidense en problemas latinoamericanos, la habilidad de Castro los ha convertido en la culpa de todos los males de Cuba. Del mismo modo que antes de la revolución denunciaba el comercio con la isla y su dependencia del vecino del norte, ahora los acusa de no comercializar con la revolución y de abandonarla a su suerte.

Esta hostilidad ha permitido enmascarar el bloqueo que el propio Castro ha instrumentado sobre la isla y, enarbolando la bandera del embargo, ofrecer un halo de legitimidad ante el pueblo y la comunidad internacional. De esta manera se niega una y otra vez a reconocer la naturaleza política de la situación actual, lo que significaría poner en cuestión su propia jefatura, la del Partido Comunista y de las normas del gobierno vigente.

La realidad: la sociedad cubana

HACE tiempo que se llegó al fin, y los cubanos lo saben. En toda Cuba se vive un eco de pasado, o mejor, de tiempo detenido, una inercia que significó esperanza y hoy representa la corrupción de los sueños.

Sólo queda una sociedad podrida hasta sus cimientos, profundamente desencantada. La insubordinación civil es lo que cuenta, producto de la desesperanza y los miles de formas en que el cubano tiene que buscarse su sustento. La única forma de sobrevivir es cayendo en la corrupción.

Dentro de las grandes cantidades de pesos y dólares que se mueven en el mercado negro para conseguir alimentos, el simple sueldo de un obrero o un catedrático es irrisorio, no alcanza para vivir. En este contexto, el Estado es un enemigo al que se le engaña o roba sin la menor crisis de conciencia, puesto que el propio Estado es parte de esa corrupción.

El mercado negro ha llegado a convertirse en el único mecanismo de abastecimiento de la población. Funciona como cualquier otro mercado, únicamente que es ideológicamente ilegal aunque una buena parte se nutre del sector oficial mediante el robo. El mismo mercado ilegal ha contribuido a resolver muchos de los problemas de supervivencia cotidiana. Alivia el peso de la crisis y entra a formar parte de la propia estrategia del gobierno, porque esa ilegalidad mantiene al Estado, es el escape para que no se produzcan explosiones sociales incontenibles.

Las reformas económicas han llenado de confusión a la población, profundizando en la convicción de que ahora menos que nunca se puede confiar en el gobierno, pues cuando se autoriza un cambio ni siquiera los que lo promulgan saben si al poco tiempo será declarado ilegal. Hoy se autorizan los paladares, mañana se prohíben y pasado mañana se vuelven a autorizar. Lo mismo ocurrió con los mercados campesinos y los trabajadores por cuenta propia. Este estilo de hacer reformas a regañadientes para luego atacarlas como señuelos del capitalismo contribuye también a que el ciudadano viole las normas, y a que el gobierno pierda credibilidad.

La justificación del gobierno ante la crisis actual es ya vieja: el embargo de los Estados Unidos. Difícil de creer cuando se está abriendo de par en par la isla a los inversionistas foráneos y se construyen lujosos hoteles con todas las comodidades. La realidad es que Cuba debe 10.000 millones de dólares a Occidente, más 25.000 millones de dólares al antiguo bloque del Este, y no tiene cómo pagarlos. Para funcionar al mínimo necesita importar 6.000

millones, pero sus exportaciones, sumadas a los ingresos por turismo apenas alcanzan 1.800 millones. Esto implica que el 92% de la industria esté paralizada, el 68% de las empresas funcionan con pérdidas y el poder adquisitivo de la moneda nacional se ha reducido significativamente.

Es un país que no genera riqueza, sus fábricas no producen, los comercios están cerrados y, por paradójico que parezca, la revolución se sostiene por los dólares enviados subrepticamente por los exiliados cubanos para ayudar a sus familias en la isla (el exilio hizo llegar a Cuba en 1996 alrededor de 1.100 millones de dólares, es decir unos 165.000 millones de pesetas) y se ha convertido en el pilar fundamental de la economía cubana, superando a los ingresos netos obtenidos por concepto de turismo y la exportación de azúcar.

La economía cubana estaba basada en el trato favorable con el mercado de los países socialistas y los inmensos subsidios que le proporcionaba Moscú, calculados en más de 100.000 millones de dólares, cedidos a lo largo de tres décadas. Basta con algunas cifras para ilustrarlo: en 1987, el 87% del comercio de Cuba era con el campo socialista, un 3% con China y sólo el 10% con economías de mercado. Como es lógico, la crisis paralizadora ocurrió después de la desintegración de la Unión Soviética. La desaparición del bloque socialista significó para la isla un corte del 96% de su comercio. Las exportaciones disminuyeron en 1989-1995 en un 72%, lo que forzó al corte de las importaciones en un 65% y afectó a la producción doméstica.

Bajo la revolución, Cuba alcanzó niveles altos en empleo, salud, educación y seguridad social. La crisis económica y el ajuste de los años '90 han revertido esos logros provocando desempleo, deterioro de los servicios locales y considerable desigualdad.

Según estadísticas oficiales, el desempleo aumentó del 6% en 1988 al 18% en 1995. La crisis provocó el cierre del 70% de la producción industrial y del 90% del transporte.

Las pequeñas reformas implementadas han generado importantes desigualdades. En 1996, las cuotas de racionamiento a duras penas cubrían las necesidades mínimas alimentarias de la mitad del mes, y la otra mitad había que satisfacerla comprando en las tiendas de divisas, los mercados agropecuarios libres o el mercado negro.

La aparición de la prostitución, cuya erradicación era una de las hazañas del régimen, es una realidad en gran escala, sin punto de comparación con los reducidos barrios de tolerancia de antes de 1959. Pero la prostitución solamente puede existir porque la toleran las autoridades, como evidencia la

promoción turística de Cuba en el extranjero, marcada por la imagen de una mulata con poquísimas ropas.

La vivienda es uno de los bienes más escasos en Cuba. La edificación insuficiente de viviendas durante casi toda la revolución y la falta de materiales para mantener las existentes ha aumentado su déficit, que llegó en los 90 hasta 1.1 millones de unidades. Según un artículo del 24 de junio de 1987, en la revista *Cuba Internacional*, el 55% de las viviendas de La Habana estaban en mal o regular estado, había 62 barrios insalubres, 65.000 personas estaban recogidas en refugios provisionales y 212.000 habitaban en barriadas destartadas.

También se anunció el final de la política de garantizar el empleo y los ingresos a los trabajadores, empezando los despidos debido a la reestructuración de las capacidades productivas.

Antes de 1959, Cuba, comparada con otros países latinoamericanos, se situaba entre los tres primeros lugares en términos de desarrollo económico y social; sus ingresos per cápita eran superiores a varios de los países socialistas que años más tarde iban a ser presentados al pueblo como modelos a seguir.

No obstante, su economía adolecía de algunos males: la dependencia del azúcar y las fluctuaciones de su precio en el mercado, fijado por Estados Unidos. Dos terceras partes del comercio exterior cubano se realizaban con Estados Unidos y esta dependencia comercial resultaba invariablemente en déficit. Sin embargo, hacia 1957 esta dependencia iba cambiando paulatinamente según algunos indicios. En ese año el azúcar sólo aportó el 25% del producto nacional bruto y la producción industrial no azucarera creció un 47%.

En la década del 50 la economía cubana tenía una tasa de crecimiento reducida que beneficiaba en gran medida al capital y a la mano de obra empleada, la cual contaba con un alto nivel de vida. El sector no azucarero en expansión no tenía suficiente dinamismo para generar un crecimiento económico sostenido y absorber la mano de obra procedente de la agricultura.

Un problema grave en la Cuba anterior a la revolución era el 16% de la fuerza de trabajo en desempleo, y un 14% que se encontraba subempleada por el período anual inactivo de la zafra azucarera.

En 1957-1958, los promedios nacionales cubanos en educación, salud y seguridad social estaban entre los tres puestos más altos de América Latina, pero las instalaciones de servicios sociales estaban sólo concentradas en la capital y zonas urbanas, mientras que su acceso y calidad descendían acusadamente en las zonas rurales. Por ejemplo, en 1953, la tasa de analfabetis-

mo en las zonas rurales era tres veces superior que en las ciudades y existían disparidades en cuanto a los ingresos.

Cuarenta años después, por encima de los mitos, los símbolos y los esfuerzos de todo un pueblo, la realidad salta a la vista, sólo ha habido cambios cosméticos en el plano político, en el económico se ha cambiado de una dependencia a otra.

Cuba no ensayó un modelo económico diferente sino otro modelo de dependencia, cambió de dueño. En cuanto cesó la constante ayuda soviética, la amarga verdad quedó al descubierto.

Lo paradójico es que esa enorme inversión de recursos soviéticos y el poderoso caudal de entusiasmo y sacrificio que generó un proyecto humano como el que prometía la revolución de 1959 no sirvió para industrializar la isla y diversificar su economía, sino para crear uno de los ejércitos más poderosos que sostuvieron a gobiernos títeres africanos y para consolidar una nueva élite parasitaria y arbitraria.

La revolución, que se justificó ante el mundo por crear una infraestructura sanitaria y educativa, hoy no es capaz de garantizar ni las mil calorías que en teoría (porque el suministro no es constante) proporcionaría la libreta de racionamiento, a lo que se añade la carencia total de medicinas y libros.

Con su veto al programa de industrialización acelerada expuesto en 1960, la Unión Soviética condenó a la isla a lo mismo que había sido hasta entonces. Según la distribución internacional del trabajo socialista. Cuba seguiría siendo una colonia agrícola, proveedora de materias primas al campo socialista e importadora de manufacturas. El resultado no hay más que verlo en las verdaderas causas de la crisis actual, pero el sacrificio y el coste en el orden individual ha sido monstruoso, con las familias divididas y desperdigadas, los odios y rencores a flor de piel, las ilusiones traicionadas y el país deshecho.

El presente

HOY la isla está reducida a sus dimensiones caribeñas, Fidel Castro parece más preocupado que nunca por retener su poder que por remediar la situación del pueblo. Su viejo alegato, *La historia me absolverá*, que contenía el programa de la revolución, parece ahora un libro subversivo, un triste recuerdo de lo que no se ha hecho.

En la situación actual, el gobierno no respalda ningún programa serio de

reformas. Los leves cambios implementados en los últimos años, las inversiones extranjeras y el turismo lograron remontar un poco la crisis con un crecimiento de la economía en un 7,8% en 1996, pero en 1997 cayó al 2%. Y no se puede augurar otra mejoría. Cuando la reforma económica comenzó a dar frutos se paralizó el proceso. La transformación trae el fin del poder político castrista, de ahí su empecinamiento, y por eso intenta con precaución poner en marcha reformas hacia el mercado a fin de mantener el régimen, pero las aplasta rápidamente. El capitalismo y la competencia generan ciudadanos económicamente fuertes que no responden a la maquinaria del poder, lo que implica un debilitamiento político.

Hasta el 24 de febrero de 1996 hubo razones para creer en el futuro de una nueva política aperturista por parte de Cuba. Por su lado, la actitud del presidente norteamericano, Bill Clinton, hacía prever un cambio de la política de su gobierno con respecto a la isla. Ejemplo de ello es el anuncio de una política menos restrictiva sobre viajes y remesas de dinero, la apertura recíproca de oficinas de prensa y la promoción de intercambios educativos y culturales más amplios. Incluso el presidente había llegado a oponerse a la ley Helms-Burton.

La decisión del gobierno cubano de derribar las avionetas de la organización Hermanos al Rescate, el 24 de febrero de 1996, propició la promulgación de esta ley e hizo claro el mensaje: mientras Castro siga vivo, la política cubana no cambiará, no quiere contaminación externa, no quiere más apertura que la que él mismo pueda controlar y, sobre todo, quiere embargo, para poder seguir guiando la ira del pueblo.

No obstante, el régimen ya no puede presumir de tener una fortaleza monolítica. La gran mayoría de la población coincide en el repudio al liderazgo político, como el causante de todos los males. Los cubanos saben que con la liberalización pueden salir de la crisis y mejorar su situación. Cada vez que se ha abierto la compuerta han fluido, como el agua, las nuevas ideas. Todas giran en torno a la pequeña iniciativa privada, que después el gobierno reprime con la amenaza de confiscación, lo que ha creado una atmósfera de miedo e inseguridad. El mito de defender las ventajas del socialismo se ha derrumbado, mientras el gobierno insiste en la continuidad del proyecto revolucionario para legitimar su poder. Se ha esfumado el mito de que el suministro racionado era una expresión de que todos tenían asegurado un mínimo igualitario de supervivencia, cuando ya la libreta de racionamiento ofrece mucho menos de lo imprescindible; el pleno empleo también ha desaparecido, la potencia médica o el consumo de calorías ahora están en parámetros inferiores a 1959.

La revolución no pudo establecer las bases reales de una prosperidad económica, sólo financió un efímero mejoramiento de los sectores más pobres, el empobrecimiento y desaparición de la clase media y el enriquecimiento de una elite a costa del pueblo, la subvención soviética y el endeudamiento.

Pero, por increíble que parezca, en la Cuba de Castro, el Estado ha perdido parte de control sobre la economía, como lo atestigua el desarrollo del mercado ilegal, la misma dolarización de la sociedad, y el surgimiento de una segunda economía, ajena a las leyes impuestas por el gobierno, donde se debilita sistemáticamente la organización formal de la sociedad, las reglas del gobierno.

Por otra parte, en los últimos años, Fidel Castro ha tenido que autorizar medidas que detesta, porque ya no puede gobernar a su gusto. Las exigencias económicas de la situación actual lo han llevado a incrementar la inversión extranjera y la privatización parcial de algunas empresas del Estado, medidas que lentamente horadan el control socialista de la economía. Hay una desnacionalización paulatina de la economía mediante la acción del mismo gobierno que en un momento justificó su legitimidad revolucionaria gracias a la nacionalización.

El Estado cubano hoy estimula y protege la inversión extranjera, mientras que prohíbe la formación de empresas privadas a ciudadanos cubanos, más allá del trabajo por cuenta propia con familiares.

En resumen, el Estado se debilita, pierde legitimidad, lo cual abre espacios a la oposición y necesita reprimir más y más violentamente. Una mirada atrás hace recordar que hasta hace poco el Estado cubano no tenía que ejercer medidas represivas: todos conocían su poder y su voluntad, existía la autocensura, no se le hacía frente, era mejor quedarse en casa o marcharse del país.

Los disturbios frente al puerto de La Habana el 5 de agosto de 1994 eran impensables hace unos pocos años. A pesar de que el gobierno dominó la protesta rápidamente, el hecho importante es la disposición de miles de personas a arriesgarse, a enfrentarse a los órganos represivos del gobierno. Lo mismo ocurre con las bombas que estallaron en hoteles y centros turísticos a mediados de 1997. Es la primera vez en treinta años que la Seguridad del Estado es incapaz de impedir estos hechos.

Frente a ese Estado que comienza a perder el control resurge una sociedad civil, encabezada por la Iglesia católica, con la asistencia a misa, organizando actividades de culto, de socorro y propiciando un espacio de conversación y debate fuera de los ámbitos del Estado.

También el Estado comienza a perder su control sobre la vida intelectual. Ahora autoriza el semi-exilio de escritores y artistas que no rompen formalmente con el gobierno de Cuba pero que ya residen permanentemente en otro país.

En los años 1980, y en particular en los 1990, ha surgido una oposición organizada, los llamados por el gobierno «grupúsculos». Sin embargo, el número de estos grupos ha crecido rápidamente, así como la participación en ellos y, a pesar de la represión a que son sometidos, persisten los esfuerzos de estructurar la oposición al régimen.

A pesar de todo, el régimen político cubano retiene una gran fortaleza que le ha permitido lograr lo imposible más de una vez: sobrevivir al derrumbre del sistema socialista, a los juicios de los militares acusados de narcotráfico o a las manifestaciones espontáneas de descontento. La situación ha cambiado, es cierto, ha perdido legitimidad, ha quedado al descubierto la dictadura, ha perdido el consentimiento de la mayoría de la población, pero puede sobrevivir indefinidamente sin el apoyo del pueblo siempre que la población permanezca indiferente y temerosa, paralizada por la impotencia.

Pocas personas se han puesto a pensar lo difícil que es ser un símbolo, o peor aún: el último de los símbolos. Generalmente, a nadie le importa qué se sacrifica para mantener su símbolo, pero, ¿quién le pregunta a los cubanos si quieren seguir manteniendo un símbolo?, ¿quién les devuelve el tiempo vivido, los símbolos ajenos?

Es duro reconocerse el perdedor de la historia, que el sueño dorado es hoy una pesadilla, no por el cacareado embargo, sino por despilfarros, caprichos y malos manejos que han hecho de Cuba un país con la brújula perdida, más isla que nunca. Aceptarlo es comenzar a pensar en el futuro.